



LA RAZÓN HISTÓRICA.
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
ISSN 1989-2659
Número 52, Año 2021, páginas 29-39
www.revistalarazonhistorica.com

La Puerta Estrecha: ¿un diálogo plausible? Leo Strauss a la luz de las Sagradas Escrituras

Yesurún Moreno Gallardo
Universidad de Barcelona

Resumen

El *aquí y ahora* atraviesa de experiencias las obras de los filósofos. Leo Strauss David (1899-1973) nace en Alemania en el seno de una familia judía, dejando atrás el siglo XIX. El presente trabajo pretende arrojar algo de luz a su obra *¿Qué es la filosofía política?* A partir de una especial sensibilidad por lo que él denomina “conocimiento precientífico”, trataremos de desmenuzar la importancia de su cultura en su planteamiento teórico-político. En este punto, hemos de tener en cuenta que el texto se origina a partir de una serie de conferencias pronunciadas por Strauss en la Universidad Hebrea de Jerusalén entre 1954 y 1955. No se pretende hacer aquí un recorrido por todas las ideas-fuerza del texto, sino que hemos decidido centrarnos en un detalle del texto que pasa desapercibido y que, consideramos central para la correcta comprensión del autor germano-estadounidense.

Palabras clave

Leo Strauss; La Puerta Estrecha; Sagradas Escrituras; filosofía política; conocimiento

Introducción

*“Agranda la puerta, padre,
porque no puedo pasar;
la hiciste para los niños,
yo he crecido a mi pesar”.*

Miguel de Unamuno, *Cancionero*, 1953.

Efectivamente, lo que trata de explicar Strauss es que la filosofía política es una “rama de la filosofía”. Si bien una trata de conocer “todas las cosas”, es decir, el Todo (Dios, el mundo y el hombre), la otra tratará de aproximarse a “la naturaleza de las cosas políticas”.

Cabría preguntarse entonces por qué un filósofo -sobre todo alemán- hace tantas alusiones a las Sagradas Escrituras¹. ¿Es que acaso es tan pobre su andamiaje filosófico? Desde las primeras páginas se refiere a pasajes, acontecimientos y términos como “la ciudad de la justicia, la ciudad fiel” (p.77); “nuestros profetas” (p.78); “el Reino de Dios” (p.78); “Jerusalén” (p.78); “Halajá” (p.98); “Nuevo Testamento” (p.98) “Jezabel contra Naboth” (p.100). ¿Por qué? En primer lugar, podríamos justificar que tanto él como su audiencia son judíos. Sin embargo, lejos de esta primera aproximación, considero que es precisamente la recuperación de la tradición hebrea lo que imprime potencia al pensamiento de Strauss².

Si esto es así, ¿por qué no interrogar al autor desde las propias escrituras? O, dicho de otro modo, ¿podemos establecer un diálogo fecundo entre las enseñanzas de los evangelios y el pensamiento de Leo Strauss?

La Verdad

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

Jn 14, 6.

A esa pretensión del filósofo por comprender el Todo, Strauss opone la finitud del hombre. Esto se traduce en tomar conciencia de creatura.

¹ Muy a nuestro pesar, hemos prescindido de algunos temas que Strauss trata en el texto de suyo interesantísimos (desde distinciones entre filosofía y pensamiento políticos, teología política, filosofía social o ciencia política, hasta su elogio de la filosofía política clásica, pasando por una crítica descarnada al positivismo y el historicismo en las ciencias sociales).

² De hecho, la tradición judía en la filosofía política es una de las dos grandes ramas de esta que se ha visto -en cierto modo- opacada por la hegemónica visión cristiana. La larga lista comprende a pensadores de la talla de; H. Arendt, T. Adorno, W. Benjamin, E. Husserl, H. Cohen, J. Derrida y H. Bergson, entre otros.

La reflexión es la siguiente; si yo no soy Dios (omnipotente), Dios debe ser otro, y, por lo tanto, yo he sido creado. Desde luego, ese Todo “no es un puro éter, ni es tampoco una total oscuridad en la que no puedan distinguirse unas partes de otras ni sea posible discernir nada” (Strauss, 2014: 80). Ese último infinitivo que emplea Strauss es la palabra clave. El filósofo, sabiéndose finito, limitado, impotente debe pretender “discernir”, es decir, distinguir. De este modo, “la filosofía consiste esencialmente no en la posesión de la verdad, sino en la búsqueda de la verdad. El rasgo definitivo del filósofo es que ‘sabe que no sabe nada’” (Strauss, 2014: 80).

Hemos de recordar que el texto se mueve al interno de la continua tensión entre la Ciencia -que lo fagocita todo- y la Filosofía -en concreto la política, que no hace más que recular-. En opinión de nuestro autor, “la Ciencia y la Historia, esos dos grandes poderes del mundo moderno, han logrado finalmente destruir la posibilidad misma de la filosofía política” (Strauss, 2014: 91).

¿Dónde queda pues la Verdad? El conocimiento es también un acto de fe, entendida esta como “esa facultad propia del hombre a abrirse conscientemente (...) a... el Infinito, Dios, la Nada, lo Desconocido, el Vacío” (Panikkar, 2009: 23). ¿Acaso la Verdad se agotó con la “muerte de Dios”? La respuesta es que no. Raimon Panikkar sostiene que “el conocimiento infinito equivale a la ignorancia infinita, a la consciencia de que no agotamos el conocimiento de la cosa o del propio conocimiento” (Panikkar, 2009: 14). Pero, la Verdad, ese Todo del que hablábamos, abruma. ¿Cómo solventa el hombre esta cuestión? A partir de la “segmentación del saber y de sus públicos” (Garcés, 2017: 53), es decir, “con una estandarización de la producción cognitiva” (Garcés, 2017: 53). Resulta lógico que esta segmentación haga operativo algo que, en un principio, no lo era, el Todo. Por ende, dado que “no logramos abarcar el Todo, pero [sí] conocemos las partes: poseemos un conocimiento parcial de las partes” (Strauss, 2014: 127). Además, “este ‘todo’ no se obtiene con la suma de los conocimientos particulares. Se penetra en él sólo a través de la puerta de la sabiduría” (Panikkar, 2009: 11). Pero ¿qué es esto de la “puerta de la sabiduría”? ¿guarda algún tipo de relación con la concepción straussiana del conocimiento?

Se abre, de esta manera, un nuevo diálogo entre el autor y las escrituras...

El camino y la vida: la puerta estrecha

“Entrad por la entrada estrecha, porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la
perdición, y son muchos los que entran por ella;
Mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo
encuentran”.

Mt 7, 13-14

Si consideramos que el empleo de estos fragmentos nos es útil para lo que aquí nos ocupa, rápidamente nos debe llamar la atención que no se trata de una disquisición salvífica sino, más bien, de una equiparación de “Camino, Verdad y Vida”. Conviene recordar que no nos preocupa el Reino de los Cielos *per se*, nos preocupa la puerta estrecha del conocimiento, esa Verdad con mayúsculas que discurre en paralelo al Camino y a la Vida ¿cuáles son? Esta cuestión será abordada más adelante.

Este pasaje trata de distinguir entre dos vías, dos caminos. Es la metáfora viva de toda experiencia humana. El camino requiere ponerse en marcha a andar y también decidir, escoger. Obviamente, existe la posibilidad de equivocarse, de errar. De hecho, son muchos los que escogen el camino corto, el camino fácil, en definitiva, los que eligen la *ancha entrada y el espacioso camino*. En este sentido, y como apunta la filósofa Marina Garcés “cada época y cada sociedad tienen sus formas de ignorancia. De ella se desprenden sus correlativas formas de credulidad” (Garcés, 2017: 51). Hoy en día, nuestra ignorancia reside en dar por buena toda aquella ingente información que habita en internet, no contrastarla, asumir acríticamente que aquello es cierto y vomitarla en nuestras reflexiones con total “impunidad”³. Nuestra sociedad está “ahogada en conocimientos que no pueden ser digeridos ni elaborados” (Garcés, 2017: 51). Frente a tal despropósito ¿qué nos queda? Podemos seguir aferrándonos al camino fácil, el de la Ciencia. Esa ciencia que “ha influido de manera casi totalitaria (...) sobre [todas] las formas de pensamiento del hombre moderno” (Panikkar, 2009: 27). O bien, podemos prestar atención a esas palabras del autor que resuenan en nuestros corazones -si más no en el mío-. Strauss se refiere a ese segundo camino: “hay cosas que sólo se pueden observar como lo que son cuando se las observa con el ojo desarmado” (Strauss, 2014: 103).

En el Evangelio según San Lucas se nos da una nueva clave de interpretación, a saber: “Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán” (Lc 13, 24). Pero ¿por qué Lucas -el evangelista-

³ La palabra impunidad proviene del latín, ‘*impunitas*’, ‘*impunitatis*’, es decir, libertad absoluta, desenfreno.

introduce la palabra “luchad”? ¿por qué tanto Mateo como él hablan de los muchos -la muchedumbre- y los pocos? ¿qué es la vida? ¿y el camino?

Como veníamos diciendo la obra de Strauss revitaliza la tradición hebrea. Sin embargo, si recupera del pasado otra tradición esa es la de la Grecia “clásica”. En concreto, de sus palabras se desprende una gran admiración por la figura de Sócrates. ¿En qué coinciden ambos planteamientos⁴? En la humildad.

Reproduzco aquí un fragmento íntegro en el que Strauss elogia esa “búsqueda de la verdad” del maestro griego:

Sócrates se hallaba tan lejos de estar comprometido con una determinada cosmología que su conocimiento era el conocimiento de la ignorancia. El conocimiento de la ignorancia no es ignorancia; es conocimiento del carácter elusivo de la verdad, del Todo. Sócrates, por tanto, contemplaba al hombre a la luz del carácter misterioso del Todo (Strauss, 2014: 126)

Parece que Sócrates condensa en su persona los atributos del buen filósofo político planteados por Strauss en *¿Qué es la filosofía política?*

No se trata de un simple “profeta desarmado” -como se planteaba Maquiavelo- sino de un filósofo que observa todo aquello que le rodea, incluso a sí mismo, “con el ojo desarmado”.

En la misma línea, el premio nobel de literatura Svetlana Aleksiéovich en *Voces de Chernóbil* (2015) dirá:

Aquella única noche nos trasladamos a otro lugar de la historia, por encima de nuestro saber y de nuestra imaginación. Se ha roto el hilo del tiempo.

De pronto el pasado se ha visto impotente; no encontramos en él en qué apoyarnos; en el archivo omnisciente de la humanidad no se han encontrado las claves para abrir esta puerta. (...) Lo único que se ha salvado de nuestro saber es la sabiduría de que no sabemos (Aleksiévich, 2015: 44-56).

Garcés coincide con Strauss al apuntar que es precisamente “esa vieja condición socrática del no-saber [la que] como puerta a un saber más verdadero” (Garcés, 2017: 30) nos permite ver más allá de una “determinada cosmología”.

⁴ Como veremos más adelante, la máxima socrática del “*solo sé que no se nada*” se traduce arquitectónicamente en las puertas estrechas de las ciudades del pueblo de Israel y en su posterior interpretación simbólica tanto del cristianismo como del propio judaísmo.

¿Qué es la vida sino un camino de comprensión de nuestra pequeñez? Dicho de otro modo ¿qué es la vida sino un camino de humillación? ¿qué es la vida, en definitiva, sino una preparación para la muerte?

Por ello, el evangelista Lucas está muy acertado al emplear la palabra “luchad” o “esforzaos” (según la traducción) en vez de la palabra “entrad”. Porque entrar por la puerta estrecha requiere, en términos panikkarianos, “una pureza de corazón, una vacuidad no fácil de alcanzar: es el camino de la sabiduría, la experiencia plena de la Vida” (Panikkar, 2009: 11).

No obstante, seamos francos, la humildad por la humildad, así como el *ars gratia artis*, no tiene ninguna utilidad. La humildad nos pone en situación, nos revela lo insignificante que somos. Pero, esto no es suficiente.

Hacerse pequeños es ir un paso más allá, sí tiene un sentido. Pasar por la puerta estrecha simboliza hacerse pequeño para recibir algo grande, la plenitud, que está muy por encima de nuestro intelecto. Encontrarse -aunque sea simbólicamente- con Dios es darse de bruces con ese Todo que anhela cualquier filósofo. Encontrarse con ese *ser* omnipresente, omnisciente y omnipotente es al mismo tiempo salir al encuentro del *otro*. Eros es esa fuerza que nos impele a salir de nosotros mismos en dos direcciones; (i) hacia el *otro* en el encuentro amoroso; (ii) hacia el *Todo* en la búsqueda por la sabiduría. Tal y como sugiere Byung-Chul Han, por un lado, “El Eros arranca al sujeto de sí mismo y lo conduce fuera, hacia el otro” (Han, 2018: 21). Por otro lado, “El pensamiento en sentido enfático comienza por primera vez bajo el impulso de Eros” (Han, 2018: 91).

Entonces, aquellos que escogieron el primer camino, el fácil y ancho, lo que encontraron es el egoísmo, la soledad (*loneliness*). Aquella muchedumbre que anticipábamos, los *muchos* que desatienden los problemas e inquietudes de la *polis*, es decir, aquellos *idiotas*⁵ no merecen ser dignos del título de *filósofo político*⁶. Raimon Panikkar dice que “un conocimiento (*gnosis*) sin amor ‘infla’, vuelve arrogantes. [Y que] esta es la gran tentación de toda ciencia y de la ciencia moderna en particular” (Panikkar, 2009: 12).

El filósofo político no se halla apartado de la *polis*, sino conectado con ella. Hannah Arendt, también judía, en su último capítulo de *Los orígenes del totalitarismo* (2015),

⁵ Etimológicamente el *idiota* era simplemente aquel que se preocupaba solo de sí mismo, de sus intereses privados y particulares, sin prestar atención a los asuntos públicos o políticos. El idiota era aquel que no se ocupaba de la Res Publica.

⁶ Al menos dentro del esquema planteado por Leo Strauss que -al ser judío- está impregnado de la idea de Comunidad. De hecho, una de las formas de organización social más extendidas en su cultura es el *Kibutz*: una ‘*colonia agrícola israelí de producción y consumo comunitarios*’.

hace una distinción fundamental a este respecto. Distingue entre la *soledad* (*loneliness*) (como aislamiento) y la *solitud* (*solitude*) o *khatima* hebrea (como distanciamiento de la ciudad necesario para pensar en pos de aquella). De tal modo que:

Lo que llamamos aislamiento en la vida política se llama soledad en la esfera de las relaciones sociales. El aislamiento y la soledad no son lo mismo. Yo puedo estar aislado -es decir, hallarme en una situación en la que no pueda actuar porque no hay nadie que actúe conmigo- sin estar solo; y puedo estar solo -es decir, en una situación en la que yo, como persona, me siento abandonado de toda compañía humana- sin hallarme aislado. El aislamiento es ese callejón sin salida al que son empujados los hombres cuando es destruida la esfera política de sus vidas donde actúan conjuntamente en la búsqueda de un interés común (...) En el aislamiento, el hombre permanece en contacto con el mundo como artífice humano; sólo cuando es destruida la más elemental forma de creatividad humana, que es la capacidad de añadir algo propio al mundo común, el aislamiento se torna inmediatamente insoportable (Arendt, 2015: 635).

La alteridad es ese vínculo que mantiene vigente el descontrol y riesgo genuinos desde el *self* completo del filósofo con la contingencia y espesor de la “*Durée*”⁷. Para ello, es fundamental una herramienta, la crítica. Garcés nos explica que “la crítica no es un juicio de superioridad. Todo lo contrario. Es la atención necesaria que precisa una razón que se sabe finita y precaria y asume esta condición” (Garcés, 2017: 37). A propósito del género de *dominación totalitaria*, Arendt dirá:

La preparación ha tenido éxito cuando los hombres pierden el contacto con sus semejantes tanto como con la realidad que existe en torno de ellos; porque, junto con estos contactos, los hombres pierden la capacidad tanto para la experiencia como para el pensamiento (Arendt, 2015: 634).

Todo ello, nos conduce a aquel aspecto central -pero opacado- del conocimiento precientífico.

⁷ Henri Bergson en su *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* dirá que lo que él significa con el nombre de la ‘*Durée*’ se despliega en tres dimensiones: (i) el fluir de nuestros estados mentales, el yo y el devenir, o la conciencia, (ii) el ser y (iii) el tiempo.

La infancia como llave de la puerta estrecha

“En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: «¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?» Él llamó a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: «Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos»

Mt 18, 1-4.

Lo que pretendo ofrecer con este trabajo es una visión *sui generis* del texto de Strauss. Considero que es, en realidad, una exhortación a la niñez. Declarar, por su parte, que “si este conocimiento precientífico no fuera conocimiento, todos los estudios científicos que se apoyan o basan en él no tendrían carácter de conocimiento” (Strauss, 2014: 101) es una provocación a todos aquellos científicos, teóricos y pensadores que se llenan la boca con ostentosas teorías acerca de lo más cotidiano. De todas las críticas que hace el autor posiblemente la más corrosiva sea esta. Sugiere textualmente: “cosas que sabe cualquier niño de diez años medianamente inteligente son vistas como si requirieran una comprobación científica para poder ser aceptadas como hechos” (Strauss, 2014: 101). Pero si planteamos esta proposición en términos negativos, de crítica visceral a la pomposidad pensante, perdemos, a la vez, toda su riqueza.

Lo que aporta esta idea de niñez corre de forma paralela a la idea de humildad de la que venimos hablando. Cuando decíamos que la humildad socrática tenía su homólogo arquitectónico en Israel, nos referíamos a un dato histórico concreto. La edificación de la Iglesia de la Natividad en la ciudad de Belén.

En el año 326, Santa Helena, la madre del emperador Constantino ordenó la construcción de una iglesia sobre una cavidad en donde supuestamente se hallaba el lugar del nacimiento de Cristo. Tras una serie de vaivenes históricos en el 530, Justiniano edificó la basílica actual. El acceso principal a esta es por medio de una puerta muy pequeña y estrecha. Los visitantes deben entrar, a la fuerza, agachados. Originalmente, la iglesia tenía tres entradas, dos de las cuales fueron bloqueadas. Los Cruzados se encargaron de reformar la iglesia justiniana. La pequeña entrada fue construida durante la era de expansión del imperio otomano, precisamente para prevenir que hombres montados a caballo pudieran introducirse en la Basílica. Esta motivación meramente estratégica (evitar las continuas profanaciones de los templos cristianos) dio lugar, también, a una interpretación simbólica. La llamada

“Puerta de la Humildad” que obliga al visitante a agacharse, es decir a exponer la nuca⁸.

Este gesto -obligado- del visitante se presta a tres interpretaciones principalmente;

- (i) En primer lugar, como gesto de *reconocimiento*. Dios preside esta estancia, por lo tanto, la inclinación es vista como símbolo de adoración. El que trata de entrar, crucifica su razón y se postra ante un *ser superior*.
- (ii) En segundo lugar, agacharse con *resignación*. Es decir, tratar de entrar a la fuerza con todo el equipaje, con nuestras ambiciones e idolatrías, con toda la vanagloria, el amor propio y el egoísmo. Como gesto de no-reconocimiento ni de la deidad, ni de la otredad. No aceptar que no se cabe por la puerta sin soltar lastre. A lo largo de nuestra vida acumulamos tantas y tantas cosas de las que no queremos desprendernos... De forma directamente proporcional, cuanto mayor es nuestro “ego” más difícil resulta entrar por la puerta, y más se doblega nuestra columna sobre el sexo. Esa mirada constreñida, cortoplacista, aparta a nuestros ojos no sólo del horizonte, sino de la inmensidad que nos rodea, del Todo que trata de escudriñar el auténtico filósofo.
- (iii) Por último, *agacharse* en sentido metafórico. Hacerse pequeño, no desde el mero reconocimiento, ni tampoco, desde la cerrazón más obstinada. Hacerse pequeño, liviano, curioso, inocente, creativo, intuitivo, veraz, humilde, inquieto, persistente, elocuente, leal, observador, arriesgado, impulsivo, espontáneo...Mirar a la realidad con el ojo desnudo o desarmado significa precisamente eso, acercarse a la inmensidad abrumadora del Todo, de la naturaleza de las cosas políticas dejándose sorprender por ellas, sin prejuicios, sin pautas, aceptando que hasta lo más evidente es radicalmente nuevo.

Leo Strauss supo conciliar, “epistêmê, gnôsis y melôs, entendida esta última como la armonía entre las otras dos” (Panikkar, 2009: 12). El filósofo político de Strauss es aquel que, en la búsqueda de la verdad, sin renunciar a su ingenuidad infantil y al conocimiento precientífico, encuentra la “armonía entre las tres formas humanas de contacto con la realidad: la sensibilidad, la razón y la fe” (Panikkar, 2009: 13). Plantearnos la filosofía de Strauss en términos de descubrimiento o novedad es caer, de nuevo, en el eurocentrismo desestimando a la vez, que tanto la ciencia moderna

⁸ Obviamente, esta estrategia de defensa hacía vulnerables a aquellos malhechores que quisieran entrar en el templo. Dejar expuesto el cuello del enemigo era la principal función de esas ridículas dimensiones.

como el pensamiento cristiano son simplemente dos formas peculiares y restringidas de pensamiento.

Conclusión

“Al denominar a esta búsqueda del conocimiento filosofía política, dejamos entrever que forma parte de un conjunto más amplio: el de la filosofía”.

Leo Strauss, *¿Qué es la filosofía política?*.

Dicho esto, he querido poner de relieve diversas cuestiones. La filosofía de Strauss se encuentra atravesada por su cultura y su credo. En ella existen continuas referencias a la tradición hebrea y al mundo clásico. Es decir, la exégesis de su propuesta teórica se torna más estimulante si se atiende a las coordenadas de su *tradición discursiva*⁹. Entre ellas, y pese a que no lo hace de forma explícita, se encuentra la secularizada idea de la puerta como signo de apertura al conocimiento y la sabiduría, y de la estrechez como característica *sine qua non* es imposible entrar por aquella. Si bien es cierto que vindica una concepción elitista de la sabiduría política no defiende la separación absoluta entre el filósofo político y la ciudad, sino que, más bien, se adhiere a aquella cita de Fray Luis de León:

*¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido*

los pocos sabios que en el mundo han sido!

Por último, quería destacar que el diálogo entre la tradición cristiana y hebrea en filosofía es permanente, aunque una y otra tengan sus particularidades. Entre otras, la idea de comunidad en la tradición judía es mucho más fértil que en el cristianismo, solo hace falta ver los planteamientos de pensadores como Karl Marx o Hannah Arendt. Por ello, he querido -intencionadamente- analizar el texto de Strauss a la luz del Nuevo Testamento y no de aquel corpus compartido entre ambas cosmovisiones.

⁹ Tal y como sostiene el teórico de las ideas Sheldon S. Wolin en su ya clásico *Politics and perspective*: “Una tradición de pensamiento político proporciona un vínculo conector entre el pasado y el presente (...) no es tanto una tradición de descubrimiento como una tradición de significados ampliados en el transcurso del tiempo” (Wolin, 2012: 46).

Concluyo tal y como empecé, continuando los versos de ese Miguel de Unamuno que consciente de sus limitaciones, tenía una predisposición, un anhelo por hacerse chico y así poder atravesar la puerta estrecha del conocimiento.

*Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad;
vuélveme a la edad bendita
en que vivir es soñar.*

Puede que esté totalmente equivocado, pero he tratado de hacer una lectura original y arriesgada de lo que yo interpreto como una oda, una exhortación a la niñez filosófica.

Bibliografía

- Aleksievich, S. (2015). *Voces de Chernóbil*. Debolsillo: Madrid. ISBN: 978-84-9062-440-1.
- Arendt, H. (2015). *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Editorial: Madrid. ISBN: 978-84-206-4771-5.
- Garcés, M. (2017). *Nueva ilustración radical* [5ª Edición]. Anagrama: Barcelona. ISBN: 978-84-339-1614-3.
- Han, B. Ch, (2018). *La agonía del eros* [2ª Edición]. Herder: Barcelona. ISBN: 978-84-254-3275-0.
- Panikkar, R. (2009). *La puerta estrecha del conocimiento. Sentidos, razón y fe* [1ª Edición]. Herder: Barcelona. ISBN: 978-84-254-2553-0.
- Strauss, L. (2014). *¿Qué es la filosofía política? y otros ensayos* [1ª Edición]. Alianza Editorial: Madrid. ISBN: 978-84-206-8618-9.
- Wolin, S. (2012). *Política y perspectiva. Continuidad en el pensamiento político occidental*. Fondo de Cultura Económica: México D.F. ISBN: 978-607-16-1167-3.